



El desprecio por la mente “cincoñera” y la rebelión contra la Constitución Europea

Roberto Lerner

Profesor del Departamento de Humanidades de la PUCP

Síntesis: La “mente cincoñera” o preescolar es la que prima en todos los adultos cuando realizan un análisis no especializado de la realidad. Es ella la que provoca el miedo por el cambio, el apego a la tradición, entre otras reacciones. El desprecio de los líderes europeos por los temores, angustias y prejuicios de sus representados habría generado el rechazo hacia la Constitución Europea. Por tal razón es importante que los líderes, al momento de tomar decisiones de interés nacional, la reconozcan y valoren en su justa dimensión.

En espacios culturales que todos respetamos, admiramos o, por lo menos, reconocemos como fuentes de inspiración –sea porque no renuncian a ideales socialdemócratas, sea porque hacen flamear las banderas del mercado-, se producen fenómenos que muchas veces creemos sólo se dan en nuestras maltrechas latitudes. Me refiero a lo ocurrido en Europa cuando dos países –Francia y Holanda- dieron su voto en contra a la Constitución Europea (CE).

Los hechos: Francia y Holanda dicen “No”

Con diferencia de tres días, primero los franceses, con una mayoría de 55%, y, luego, los holandeses, con un contundente 61%, rechazaron el impecable proyecto de Constitución. Deprimidos o decepcionados, José Manuel Barroso, presidente de la Comisión de la Unión Europea, Jan Peter Balkenende, primer ministro holandés, y Jacques Chirac, presidente de Francia, debieron aceptar lo que es a todas luces una derrota, que pone en duda muchas cosas que hasta hace poco eran realidades esperadas y asumidas, entre ellas el Euro.

Barroso -un experimentado político portugués que migró del maoísmo a una posición conservadora-, Chirac -que ha ejercido el poder de alguna manera hace 40 años- y Balkenende -un desconocido conservador calvinista-, representan un grupo variopinto que, con matices, apoya una Europa integrada y abarcadora, regulada por una burocracia moderna y una clase empresarial globalizada.

Pero lo más interesante del proceso que parece haberse iniciado con estos dos rechazos – que tienen motivaciones distintas- es que lo evidente para un grupo que vive a toda velocidad, caracterizado por poseer un liderazgo centrado en homogenizar y facilitar la toma de decisiones transnacionales, no resulta para poblaciones que se sienten claramente arrastradas a una velocidad que no les conviene, que no se sienten tomadas en cuenta, especialmente en sus angustias y miedos.

Dicha dirigencia, y los ejecutivos que se desplazan a través de las fronteras con facilidad y fluidez, ni siquiera hicieron el esfuerzo de explicar, de entender y apreciar. Les pareció absolutamente innecesario tomar en serio los reparos, los temores, los prejuicios y las antipatías de particularidades que se resisten a ser engullidas por la globalización, a pesar de muchas de sus evidentes ventajas y beneficios. Se sobraron. Por alguna razón me hacen recordar a nuestro ya lejano Fredemo¹: posesionado por la convicción de su superioridad,

¹ Siglas de la alianza electoral llamada Frente Democrático. Esta alianza nació el 12 de febrero de 1988 y estuvo formada por Acción Popular, el Partido Popular Cristiano y la agrupación política Libertad. El Fredemo se formó para apoyar la candidatura presidencial del escritor Mario Vargas Llosa en los comicios generales de 1990. En dichas elecciones salió electo Alberto Fujimori.



de la absoluta justicia de su causa, terminó derrotado por un “chinito trepado a su tractor”, pero mucho más por los “tontos” miedos de quienes pensaba “salvar”. La perversidad de la autocracia cleptocrática que siguió no hace menos patentes los errores de la soberbia.

La mente “cincoñera” y las posibles razones del “No”

¿Se volvieron locos los franceses y holandeses? ¿No es acaso la Unión Europea uno de los proyectos más interesantes, de superar las fronteras nacionales, de ordenar los esfuerzos creativos y los resortes productivos por encima de identidades que van a la zaga de las nuevas realidades del desarrollo globalizado? Una globalización concertada que fue avanzando con mesura, realismo, tacto y paciencia, corre el riesgo de irse al agua a la hora de dar el paso final.

El desconocimiento de los ritmos y, sobre todo, de las características de la “mente cincoñera” –que según Howard Gardner, de acuerdo a su último libro “*Changing Minds*”, debe ser conocida por los líderes, ya que es la que sigue primando en nuestro análisis no especializado de la realidad- ha derrotado una vez más los sofisticados esquemas y las abstracciones alejadas de la realidad cotidiana.

Me explico: la toma de la mayor parte de nuestras decisiones -no obstante nuestro gusto por apelar a los análisis costo-beneficio y el acceso a cada vez más fuentes de información- solemos hacerla con una mente preescolar (de ahí el término “mente cincoñera”). En los contextos cotidianos, cuando se trata de nuestras primeras reacciones, ideas y sentimientos, los físicos, médicos, psicólogos, economistas, abogados, los adultos en general -aun los ilustrados-, incluso para problemas del ámbito de nuestra especialización, tendemos a juzgar la realidad de manera sincrética, con una concepción lineal y correlacional de la causalidad, sobre la base de las apariencias.

Para bien y para mal, los electores, consumidores, amantes y, en general, ciudadanos, somos “cincoñeros”.

La Unión Europea inclusiva, que parecía poder cobijar a los ex satélites de la ex Unión Soviética -y hasta a la musulmana Turquía-, en un bloque dinámico, norte para quienes han tratado desde siempre evitar o contrarrestar, por lo menos contrapesar, las hegemonías de gigantes más homogéneos –digamos China y los Estados Unidos-, parece quemarse en la puerta del horno, dejando por ahora, como símbolo de su realidad, el signo monetario y un banco transnacional respetado e independiente. Pero incluso esa moneda, aceptada a regañadientes por una parte no desdeñable de la población, está cuestionada. No se trata de saber si va a perder valor frente al dólar norteamericano, sino de predecir si va a seguir existiendo. Ya hay voces que piden el regreso de la Lira o el Franco.

Y en los niveles nacionales las cosas se traducen o acompañan con turbulencias en Alemania e Inglaterra y un final absolutamente deslucido para Jacques Chirac, tensiones entre los países fundadores, entre otros nubarrones en el horizonte.

¿Quiénes rechazaron la Constitución Europea?

Cuando uno analiza el voto por categorías puede observar algunos datos sumamente interesantes. El grueso de los que rechazaron una ley de leyes común gana menos de 3,000



Euros de salario neto mensual es menor de 60 años², es agricultor, empleado, cuadro intermedio y obrero. Los ejecutivos y profesionales son los que ganan bien, contra los menos favorecidos en los sectores rurales, medios y proletarios.

Sí, las franjas menos modernas de la población, menos flexibles, más tradicionales, los que gracias a siglos de evolución progresiva –también de turbulencias sociales importantes– lograron una protección incomparable, no han sido convencidas de que el futuro global les depara a ellos y sus hijos más ventajas y posibilidades de desarrollo que las que tienen actualmente.

Pueden estar completamente equivocados, pero sus miedos no pueden ser dejados de lado con soberbia o descartados con un gesto de desprecio. A fin de cuentas la mente humana busca estabilidad –no es verdad que persiga el cambio a toda costa, menos si es permanente– y la alcanzada por los europeos occidentales después de la Segunda Guerra Mundial es algo que, comprensiblemente, no están dispuestos a ceder así nomás. Por otro lado, el poder de esos sectores, del electorado en general, a través del voto, es también una muestra de desarrollo, impensable fuera de sociedades abiertas y democráticas.

Las razones por las que votaron de esa manera son, en primer lugar, miedo al desempleo – que está muy alto, más del 10% en Francia y Alemania–, hartazgo con la situación actual en relación con asuntos como la seguridad ciudadana, percepción de que el proyecto de constitución es demasiado liberal –además de poco comprensible para el común de la gente–, temor al ingreso de Turquía –lo que significa no solamente otra colectividad nacional sino otra religión– y defensa de la identidad nacional.

En otras palabras, miedo al cambio, a la incertidumbre; apego a la tradición, a lo conocido. De hecho, en muchos casos, se trata de una actitud reaccionaria, pero eso existe, es parte de la naturaleza humana y si no se lo toma en cuenta y se asume que la gente que siente eso es medio idiota o ignorante en el mejor de los casos, es no percibir adecuadamente la realidad social y correr riesgos políticos enormes.

Europa hizo una desmedida y notable contribución a la historia de nuestra especie, pero parcial, en tanto nunca se homogenizó completamente, aunque sus integrantes compartieron marcos culturales comunes. Fue su secreto: esa mezcla de individualismo, imperio de la ley común, racionalismo, separación entre religión y Estado, competencia y apego a las raíces.

Es difícil prever lo que ocurrirá con la Unión Europea. Quizá termine como uno de los escenarios –el que siga al Medio Oriente– que verá el enfrentamiento entre la civilización occidental y la musulmana, antes de que todo sea opacado por el combate entre Estados Unidos y China.

Por lo pronto, haríamos bien en conocer mejor las necesidades y características de esa mente “cincoañera” que nos domina cuando tenemos que juzgar hechos elementales y muy significativos para nuestras vidas. A veces, iniciativas interesantes y valiosas son aplastadas por despreciarla, a ella y a la historia. Ese desprecio es, quizá, la forma más autodestructiva que asume el fanatismo y el fundamentalismo en Occidente.

² El 56% de los mayores de edad tienen menos de 34 años e, interesantemente, el “Sí” (voto a favor de la Constitución Europea) es mayoría entre los mayores de 60, contrariamente a lo que podría suponerse.